

la necesidad, que solía ser en otro tiempo escudo de los mal afortunados y la defensa de los temores, se ha vuelto capa de los dichosos, y estímulo de los temerarios.

Llevaron los ciudadanos con título de seguridad; hurtáronnos las mujeres con nombre de matrimonio; ocuparon la ciudad debajo de color de dote. Así como han tenido necesidad de nuestras hijas para crecer en número, así la tendrán presto de nuestros países para crecer en Estado; y si por caso se entibiase en los romanos la codicia del dominar, serviríales de estímulo para ofendernos siempre el habernos una vez ofendido. Los favores ya en uno empleados se renuevan por mantener la memoria de los antiguos, las injurias se multiplican por asegurarse de las hechas ántes. Malamente puede quedar amigo el que ha ofendido, porque no cree que puede ser su amigo el que ha sido ofendido. Donde no se espera amistad y se ha recibido daño, no tiene lugar otra cosa que la venganza; y esta, retardada, prolonga y hace mayor el peligro, quitando la venganza de la prevención.

Todas las cosas que violentamente contra algunos se hacen, aunque algunas veces produzcan buen efecto, son siempre dañosas, porque se derivan ó del desprecio ó de la envidia. Ni sirve á otra cosa la paciencia de los ultrajados, que á insolentar los que la juzgan flaqueza, y á dar ánimo de hacer mayores ofensas contra quien ya fácilmente sufre las que le hicieron. Si el sufrir las injurias dejase gozar el reposo, sería gran prudencia el disimular; mas sin algún fruto hacen vivir á los injuriados, ó tontos ó viles, como que no tienen seso para conocerlas, ó corazón para vengarlas, donde otros pierden la compasión y el miedo: afectos solos bastantes en los mundanos á refrenar los efectos.

Nació en medio de nuestro cuerpo Roma, ¿y la despreciáremos? Crece, y la fomentamos. Dímosla la vida, y nos amenaza de muerte.

Cualquier que en su principio la vió, previniendo el peligro á los por venir, á los por venir dejó el pensamiento; y como cosa que amenazaba á todos, cada uno se movió á mirarla, á remediarla ninguno. En los males comunes no temen los particulares; y en los sucesos por venir, se espera socorro del tiempo y de la fortuna.

El ojo que ve la novedad, no deja lugar al entendimiento para juzgar el peligro, hasta que no ha llegado tan cerca que es irremediable. Entónces se ven los yerros de la pereza, cuando no los puede remediar alguna solitud.

Es una opinion falsa, asegurada de los melancólicos, el dar nombre de prudencia á la tardanza. Naufragan la mayor parte de los negocios, porque las ocasiones son arrebatadas y los hombres perezosos. Se discurre sobre lo presente, y él ya es pasado. No se deben despreciar los momentos cuando de aquellos momentos pende la fortuna de una eternidad. En aquellas cosas que han llegado á la entera perfeccion se puede esperar del tiempo, si no la muerte, á lo ménos la vejez; mas en aquellas que empiezan á crecer, el esperar es querer del tiempo verlas crecidas. Un caminante, si encuentra con el principio del río que se recoge en pequeña corriente, no debe pasar adelante para vadearlo al fin donde se extiende en crecida profundidad. Roma es un pequeño arroyuelo: á ella corren como torrente los pueblos de nuestra ciudad. Conviene pelear, no discurrir, y com-

batir con los romanos ántes que los romanos sean quebranto de los sabinos, ántes que nuestros enemigos sean nuestros nietos. La presteza es el mayor remedio donde el mayor enemigo es el tiempo.»

Luego que este acabó de hablar, podemos creer que Tito Tacio respondió de este modo: «O conviene conceder las mujeres á los romanos, ó combatir la ciudad y ir á sus juegos con ejércitos de soldados y no de muchachos. Yo aguardaba que viniesen dentro de nuestros muros á robarlas. Quien niega al otro lo que le es forzoso, se prepare, despues de haber despedido el ruego, para oponerse á la violencia.

El intentar la ruina de Roma con la fuerza era pensamiento docto, mas peligroso. Por cautelarnos tomasteis resolución de negarles las mujeres. Las buenas resoluciones pocas veces se toman enteras. En todas las cosas se hallan peligros; y por asegurarse del mal, no se hace sino la mitad del bien; y no es buena la mitad de aquel bien que, consistiendo en el todo, no admite division.

El renovar agora las cosas irreparables y que no se pueden revocar, es un tenerse por mayores que los dioses, y es una fatiga sin provecho, ántes con daño, recordando aquellas cosas de las cuales la mayor felicidad consiste en el olvido. Ha nacido (digámoslo así) de nosotros Roma, y ha crecido de nosotros; y es fatal que pierdan los padres por adquirir los hijos, llegándose á la muerte en dar vida á otros. Si las generaciones se originan de la destruccion, que se debe acudir al reparo es verdad en el peligro que amenaza; pero no alabo yo el enmendar los errores viejos de la tardanza con los nuevos y mayores de la impaciencia.

Las injurias que se reciben son la ruina de los hombres que con el celo del honor no acompañan la prudencia: corren á vengarse de daños pasados, y se precipitan en nuevas miserias; quieren deshacer un yerro, y hacen mil.

Ello es así, que es tan ántes de tiempo el presto, como fuera de tiempo el tarde. Los errores de la impaciencia son peores que los de la tardanza, porque es mejor excusar los principios que encontrarlos. Si no se pierden, se retardan. De aquella parte donde se conoce el ímpetu, no se cree la justicia; ni se puede juzgar que haya prudencia donde no hay discurso. El discurso no se hace en instante. Los instantes no miden el tiempo. La prudencia es hija del frio; el ímpetu, del calor. Las cosas que no se han hecho por lo pasado, bien se pueden hacer en lo porvenir; mas las que se han hecho, no se pueden deshacer. No faltan jamas las ocasiones á los hombres, mas los hombres son los que faltan á las ocasiones: se pueden esperar, no se deben prevenir. Aquel que combate llevado del furor, comienza la guerra del haber perdido: satisface al afecto, mas no á la obligacion; y es primero combatido de la propia flaqueza, que del valor del otro.

Nuestro sufrimiento es de temerse, no es de despreciarse. El mundo es de quien tiene paciencia, cuando es sagacidad y no miedo. Los ánimos generosos se acomodan á sufrir las injurias presentes, con sola la esperanza de la venganza futura. Reservan la ira á vengar las ofensas, no á desfogar el enojo. El fingimiento no merece vituperio, cuando con las injurias del tiempo no se vuelve en el olvido. Ella nunca es peor que cuando es olvido, ni mejor que cuando lo parece.

Es mas seguro impedir á Roma el crecer, que el vivir; porque es mas fácil el hacerla envejecer, que morir. No se da aumento adonde no hay movimiento, ni pueden las ciudades alimentarse y crecer en la paz. Aumentanse los nuevos países en la ruina de los viejos; y las tiernas plantas, de las raíces y de la sombra de los árboles vecinos impedidas, no tienen poder para levantarse. No se puede engrandecer Roma sin destruir nuestra ciudad, ni acabar nuestra ciudad sin la guerra. El mover las armas por destruirla puede dar ocasion para crecerla. No todos los fuegos se oprimen con la ruina, ó se ahogan con la sangre. Aquello que no tiene alimento no tiene vida, ni necesita de otra ruina si por sí se consume.

Con toda arte se debe procurar la paz con un pueblo que no puede tener peor guerra que la paz. No faltan modos honestos para disfrazar las injurias sufridas. La necesidad no ofende, el pariente no es enemigo, el matrimonio no es litigio. Las injurias de los dioses se dejan á los dioses. Ellos fueron ofendidos, no los hombres; y si los hombres, no la ciudad; y si la ciudad, no por esto se ha de correr á las armas. El vengar las injurias, el remunerar los beneficios, el amar, el aborrecer, son afectos de hombres particulares. Las repúblicas, las señorías tienen por esfera de su actividad el interes: fuera de él no ven, no oyen; él es objeto de sus sentidos, movedor de sus afectos, regalo de sus pasiones.»

La disonancia que hacia la remision de Tito Tacio, juntamente con la impaciencia de los otros pueblos, fué saludable armonía para la grandeza de los romanos; que si ella estuvo cerca de perderse con la fuerza de los sabinos asaltada, ¿qué juzgamos que la hubiera sucedido con el socorro de tantos confederados?

Pueblos diferentes, convocados juntamente para buscar un propio fin, no se buscan jamas con el propio fin. No por un solo camino todas las líneas van á un mismo punto; y muchas veces están juntas, y son contrarias. Quieren estos abatir la máquina; mas porque cada uno la arroja á las espaldas del compañero, ninguno la mueve.

Donde hay cantidad de juicios, hay cantidad de confusiones. Muchas piedras que ninguna de ellas exceda lo grueso de tres dedos, pueden bien formar una alteza de mil brazas; mas la union de muchos ingenios no sirve para aventajar á un ingenio. Juntos no se ayudan; se impiden. Ello no es verdad que dos ojos juntos vean mas que uno solo, si él ve mas que entrambos apartados, cuando se entienda que la mayor esfera de su actividad sea la mayor distancia.

No hay por esto buen partido en tales juntas, que no se eche á perder si le siguen pocos; ni tan malo, que no sea bueno si le siguen todos. Los hombres buenos deben aconsejar lo mejor y seguir tal vez lo peor, si el peor tiene mas séquito.

Pártense los ceninenses y los crustuminos y los de Antemnas, mal satisfechos de la tarda resolución de los sabinos; y mas impacientes que todos, los ceninenses, entran en el campo de los romanos á saquearle. Tiene estímulo mas agudo que los otros afectos el deseo de venganza: más que el de amor; porque es mas activa la sangre de las arterias que la de las venas.

No tiene comercio la cólera con la prudencia. Ella es compañera del atrevimiento: allana los principios, hace valles los montes. No teme el colérico, porque mira el objeto en cuanto le puede ofender, no en cuanto

puede ser ofendido. Tiene los ojos en el término, no ve el medio; y las mas de las veces se precipita porque no conoce que se puede precipitar. Todos los espíritus concurren para ayudarle, haciéndole creer que puede mas que puede; é impidiéndose juntos, puede ménos que suele. No piensa en otra cosa que en matar el fuego que le abrasa, ni halla otra agua para apagarle que la venganza. Va por remedio á aquel que le encendió, porque le mate con su sangre; ni se sosiega, si no le alimenta aquel gusto, ó no le consume el hielo del temor.

Rómulo les salió al encuentro, desengañándolos de la vanidad de aquel enojo que no tiene el apoyo de la fuerza. Los vence, los prende, mata su capitán, toma la ciudad y vuelve á casa su victorioso ejército.

Era Rómulo no ménos en el obrar osado, que en el decir elocuente: valeroso en el obrar cosas magníficas, advertido en darlas socorro con la apariencia.

Las acciones grandes tienen necesidad de ser ayudadas, si no se quieren dejar ahogadas en brazos del desorden: al punto que hacen concebir la maravilla, luego nace el respeto.

Es posible engrandecer las obras con las palabras, la verdad con la apariencia, y no es dañoso. Se obliga de sí mismo el príncipe á cosas mayores de las hechas, si no las quiere hacer menores de las ya crecidas. Aumentar las acciones que son pequeñísimas, ocasiona risa, da nombre de vano. El ayudar las medianas aprovecha para la imitacion y da fama inmortal.

Hizo levantar los despojos del enemigo; y sobre el Capitolio, juntamente con un templo, á Jove Feretrio los consagró.

En tanto que á esta tal festividad atendian los romanos, el ejército de aquellos de Antemnas ferozmente robaba el país. Sin dilacion los salieron á recibir con una legion, y con facilidad derramados por los campos, de robadores se volvieron robados; y los que insidiaban los ajenos bienes, perdieron su castillo propio. Mas Hersilia, mujer de Rómulo, solicitada de las lágrimas de las robadas, persuade con ruegos útiles al marido triunfante que quisiese á los padres de aquellos, recibéndolos en la ciudad, perdonarlos.

Este modo de recibir los vencidos por compañeros, de recibir por ciudadanos á aquellos que en el propio día habian visto por enemigos, facilitaba á los otros pueblos el guerrear; mas tambien á ellos los dificultaba el vencer. Crecia el deseo de combatir; mas disminuía el ardor en el combatir en guerra, donde era dudoso cuál fuese mayor premio, el vencer ó el quedar vencido, mientras la pérdida era ganancia de la ciudad de Roma.

Cualquiera que leera la historia de los romanos, mirando su modo de crecer, ó se persuadirá á creer que estos hicieron mal, ó reprenderá á aquellos que hoy tienen monarquías, y teniendo falta de gente, ántes echan los forasteros viejos, que procuran traer los nuevos, á que algunos en sus escritos los han convidado; mas la diversidad de las circunstancias no los ha dejado aplaudir el consejo. Los romanos, recibiendo pueblos de la provincia, ántes se puede decir que de muchos miembros, que no de muchos cuerpos, formaron un cuerpo. Los aseguraba de tumultos estar debajo de un propio clima, de lengua y de costumbres poco ó nada diferentes. Los aseguraba de union el ser todos nuevos, entónces tierros, fáciles á convenirse, como de los huesos de los ni-

ños suele suceder. Los aseguraba de amor el llamarlos al grado senatorio y á otros cargos de la ciudad, que afligida de la guerra fácilmente se persuadía á aceptar compañía, aunque fuese de enemigos; de donde en llegando á mayor alteza, rehusó la de los amigos. Donde hay forma de república, ó cuerpo de senado, se pueden recibir los forasteros por compañía; mas donde hay absoluta monarquía, no se pueden (á mi parecer) recibir, sino es por esclavos. Por esto con gran juicio aquellos que han pasado de la primera edad, á los cuales es necesario admitir dentro de su Estado pueblos de lengua, de clima y de costumbres diferentes, no llaman forasteros á gozar (acaso, y aun sin duda, á enturbiar) las conquistas de su sudor.

Venidos aquellos de Antemnas, se movieron los crustuminos, y presto quedaron vencidos, combatiendo más por miedo que por esperanza, por la pérdida de los otros envilecida y quebrantada.

En las primeras guerras las palmas brotan del valor; en las demás, de la reputación. En estas vale el haber vencido, como en las otras el vencer. Un ejército que tema perderse, ya va vencido de su propia credulidad: todo grito del enemigo cree por victoria; todo movimiento de los suyos, fuga: él está más dispuesto á aquello que teme, que á aquello que no espera; y muchas veces desampara el campo, ántes porque piensa perderle, que por haberle perdido. Siempre combate aquel que cree vencerá siempre; mas quien duda, se defiende, no combate.

Rómulo, sabiendo que las ganancias del valor quieren el modo de mantenerse de la prudencia, haciendo juntar el senado, me persuado razonaria en esta manera: «El vencer los pueblos, y no saberse aprovechar de la victoria; el sojuzgarlos, y no saber mantenerlos en amor, es un perdimiento de hombres y de tiempo: el gobernar esto es necesario y trabajoso.

No faltan medios; mas los medios están llenos de dificultad. Si se hallase regla cierta para asegurarse de la rebelión de los pueblos sujetos, yo creo que hoy el mundo fuera de solo uno; mas en los negocios políticos no hay otra regla que la fortuna.

El cautivar los ánimos con beneficios es imposible. Con otro beneficio no se puede recompensar la servidumbre, sino con volver la libertad: obligarle con el juramento es poco seguro. No son súbditos aquellos que no tienen á otra cosa sujeto el poder que á la voluntad. La libertad es natural, la servidumbre es violenta: lo violento tiene necesidad de cosa que exteriormente le impida, cuando sea verdad que su principio de ocasión interna proceda.

El desmantelar los muros de la ciudad fuerte, en entrándola, da confianza á los forasteros de apoderarse de ella. El dejarlos en pié da ocasión á los ciudadanos de levantamiento; y cuando sea útil advertimiento en los lugares que están en el centro del Estado, es sin duda dañoso en aquellos que son frontera, donde es dificultoso hacer que se puedan defender de los enemigos, y que no se puedan rebelar los amigos. No quita el ánimo para la traición quien no quita la fuerza para defenderla.

Aquellos que á tales presidios envían guarnición, ó edifican ciudadelas, procuran mantenerlas forzosamente, y muchas veces las pierden voluntariamente. Se aseguran de los extranjeros, se sujetan á los suyos, sobre

los cuales pierden la autoridad de mandar, porque pierden el poder de castigar: se libran del peligro de un vecino, y se sujetan á la fe de un capitán; y él, si tuviere por ignominioso dar la ciudad á los enemigos, tendrá por lícito dársela á sí propio.

Quien fabrica fortaleza en las ciudades débiles, depende entónces mas de la lealtad mudable del capitán; que poco ó nada puede impedir el que es señor de la campaña, útil solo para frenar los desarmados ciudadanos, infructuoso contra el enemigo armado.

El enviar para tal efecto colonias, mayormente irrita los antiguos habitantes, y por poco espacio de tiempo mantiene los nuevos. Son plantas traspuestas: luego se acomodan al país de donde sus raíces reciben alimento. Pierden la memoria del origen en todas las cosas, excepto en el no querer ser súbditos, mas compañeros. Los hombres que van fuera de sus países á habitar de nuevo, no van á fin de ser siervos de los que los envían, mas compañeros iguales á aquellos que se quedan.

El tener en pié ejércitos por ahogar en la cuna los levantamientos, es el mayor y también sería el mejor de los remedios, si no estuviese luego en el arbitrio de los generales el hacer que se volviesen todas las repúblicas monarquías, y despues en la monarquía hacerse señores.

Quien estuviere seguro de salir siempre victorioso, no habia de buscar otros modos de asegurarse. Si se vencen los enemigos, se frenan los amigos, porque temen mas y porque se avergüenzan ménos; mas lo que sucede de las guerras es incierto, y es casi cierto que á las pérdidas suceden los levantamientos.

Tendria yo agora por bien aconsejado parecer, por la necesidad presente, el enviar colonias. Si desagravase de esta suerte la ciudad de mendigos, no se partirían los hombres valientes de Roma, viéndola encaminada á cosas gloriosas; y estando siempre en el contorno de nuestros muros los pueblos sujetos, con tener siempre pronto el ejército, aseguráremoslos de los enemigos, á nosotros de la rebelión.

Fuéron conforme al sentimiento de Rómulo escritas colonias en los lugares conquistados.

Movieron entre tanto los sabinos el ejército contra los romanos: guerra cuanto mas tarda mas de temer, guiada de la razón, despojada de los primeros ímpetus de la cólera, y no descubierta hasta que fué presentada.

Procuran los sabinos mas asegurar el Estado, que desfogar el enojo: asaltan la ciudad, no los ciudadanos, por sujetarla, no por vengarse. El temor de la grandeza de Roma es la ocasión del movimiento: el dolor del robo es el principio de moverse.

Los Estados que duermen quietos, porque son amigos de los vecinos, tienen gran dicha si encuentran alguna ocasión de enojo; y los hombres advertidos, en semejantes casos la buscan, porque el pueblo no se deja persuadir sino de lo que ve: él juzga con la vista, no con el entendimiento; ni hay argumento eficaz para él, que le contraste la apariencia. El tener amistad con los vecinos es bueno. Sobre aquella fundar la seguridad del Estado es malo. Son buenos para amigos si se consideran por enemigos, para que deban amar y no puedan ofender. La alteza de aquel edificio que agrada cuando uno cree que le ha de servir de habitación, le aborrece cuando le considera como precipicio.

Entran los sabinos con engaño en la roca de Roma,

por haber sobornado con oro la hija de Spurio Tarpeyo, capitán de la fortaleza; pero no sin la muerte de la traidora mozueta, ó fuese el odio de la traición, ó temiesen el daño del ejemplo, ó esperasen mayor gloria de persuadir que fué victoria de la fuerza, y no del engaño.

Hace que amargue la dulzura del beneficio la obligación que deja: ó se remunera, y se vuelve igual provecho al bienhechor; ó si es ingrato, se adquiere igual vergüenza al beneficio. Parecen suaves aquellos que se reciben por traición. Ello es tan aborrecible, que quita el mérito á las acciones. El traidor no se puede quejar sin acusarse á sí mismo. La ingratitud se vuelve alabanza, la remuneración vituperio; y quitando de esta manera la esperanza á los otros, se recibe un nuevo beneficio del ser agradecido. Ocupado el Capitolio, el día siguiente, en el llano que se extiende entre el Capitolino y el Palatino monte, se dieron la batalla; en la cual, por la muerte de Hostilio, que á Metio, general de las escuadras sabinas, se oponía, comenzó á ceder la juventud romana. Rómulo, llevado de los que se retiraban, se detuvo sobre el monte Palatino. Vota un templo á Jove, le ruega por la victoria que no deja de procurar.

Por demás se piden socorros del cielo. Muchos los llaman y los impiden: otros piden favor, si se contrastan las ayudas del cielo, dejándose á sí mismos; y contradiciendo con las obras las palabras, muestran que no desean lo que han suplicado, y haber rogado para no ser oídos.

Arrojase Rómulo donde el peligro es mayor, síguenle los mas valientes, retraen á Metio en una laguna; y allí, quien por socorrer al capitán, quien por oprimir al enemigo, concurrieron con todas sus fuerzas los dos ejércitos.

La muerte de los capitanes valerosos hace perder las batallas. El peligro de la muerte hace alcanzar las victorias. Corren todos á pelear, porque esperan premio de librarlo, y porque temen daño de perderlo. Se debe salir al encuentro á todo peligro, cuando está en peligro el Estado.

Todo estaba en duda entónces, cuando en medio de la sangre y de los muertos se arrojaron las mujeres sabinas, pisando el propio temor con el mal que temían en los otros. Sueltos los cabellos, despedazadas las vestiduras, vueltas á los hermanos y á los padres, decían: «Muy tarde se toma venganza de las robadas, agora que la violencia se ha vuelto amor; el matrimonio arrebatado tiene ya hijos. Seamos madres, seamos mujeres á quien quereis vengar, si no hay quien de otro sea ofendido, más que del ser vengado. Vosotros no podeis restaurar los daños, y quitais la recompensa de los daños.

Vosotros vengais la virginidad ya perdida, con quitar la fecundidad ántes producida de ella; vengais el robo de las hermanas, con el homicidio de los cuñados. Perdonad á los inocentes. Si quereis venganza, solo se quiten de este cielo enojado las que fueron ocasión de tantos males. Bien que nosotras no tenemos culpa, es en cierto modo culpa el ser ocasión de las grandes desdichas. Aman ellos vuestras hermanas, nosotras vuestros enemigos. Cortad estos brazos, que tantas veces han sido cadena de sus cuellos; pasad estos pechos que crían vuestros enemigos. Canelescense las injurias de los besos y de los abrazos, con las heridas y la sangre; ¡oh mas desdichadas en el ser vengadas, que en el ser roba-

das! Ea, maridos, arrimad las armas, dejáos morir en la guerra donde es mas gloria el morir que el vencer: donde la victoria es parricidio.»

Tales y mas ahogados afectos salian de la boca y de los ojos de las afligidas sabinas, cuando se suspendieron los dos campos, ó encantados de los lamentos ó inducidos del peligro, que, siendo igual, tenían mas necesidad de quien quisiese ponerse en medio, que de quien supiese persuadirlos.

Siempre hubo en el mundo pobreza de quien quisiese mediar los negocios. Ha arruinado mas príncipes la vergüenza de ceder, que la ansia de vengarse. ¡Cuántos han corrido á precipitarse por no hallar alguno que les rogase que no se precipitasen!

El calor y el frío están juntos en lo tibio, porque muchas veces se juntan los contrarios habiendo medio; mas cuando falta, no se unen, ántes se destruyen.

En los negocios ya cansados y á las dos partes peligrosos, se ponen por medianeros de buena voluntad los hombres prudentes; y son ántes ocasión, que causa de la concordia, porque fácilmente se deja persuadir de otro aquel que ya de sí propio estaba persuadido. Se sosiegan los elementos contrarios en el misto, cuando están cansados de combatir.

Los matrimonios violentos entre extranjeros, porque tienen siempre por medios para la paz aquellas mujeres de donde trajo su origen el movimiento, empiezan con la guerra y acaban con la paz. Peores son los voluntarios entre enemigos: sirven por blanco á algun presente acomodamiento; empiezan en risa, y acaban en llanto. Malísimos son cuando con violencia prosiguen en los enemigos, que no teniendo algun instante bueno, las obligaciones de amor sirven de incentivo al enojo. Cesando el rumor, tratan el un capitán y el otro de medios, por hacerse amigos juntamente; y como no solo el enojo, pero aun mas la ambición de mandar, tuvo parte en la guerra, así también tuvo lugar en la paz.

¡Oh engaño de los hombres, que la ansia del dominio hacen que parezca necesidad de venganza! Muy diferente es la ocasión verdadera de la aparente. Aquella vuelve el pensamiento contra el Estado, esta contra las personas. La una, despues de cualquier desahogo, como fundada en el aire, se desvanece; la otra siempre está obstinada; vuélvese herencia en los sucesores, crece en el logro de sus pensamientos, el fin la sirve de principio, tal vez se vuelve medio, y para tal ansia es muy angosto el mundo.

Somos nosotros ruinas de nuestros deseos, pues impedimos el fin de quererlos conseguir, y en el mas humano afecto inhumanos. Matamos por dominar aquella gente que muerta no puede ser vencida. ¿Qué otra pasión se halla en los hombres, á quien suceda que, procurando descansar, se pierda parte de lo mismo en que puede descansar? Fué puesto en todos este afecto por volver trabajoso á uno solo el imperio de todos, y por ventura no bastaria, si cada uno no le impidiese en sí mismo, facilitando con el vencer el ser vencido.

Nuestro mismo cuerpo, miétras procuramos que viva, le acercamos á la muerte, no sabiendo tampoco en esto vencer los enemigos sin pérdida de los amigos. La victoria que de los males se tiene con las medicinas, siempre nos debilita; y finalmente con tanta facilidad perdemos alguna vez, como otra con violencia queda-

mos victoriosos. Aquella fuerza con que se conquistan los Estados, conviene tener para guardarlos. Los pueblos que con sangre vencen, con la sujecion sujetan al vencedor: en la obediencia impiden el dominio, en la pérdida detienen la victoria.

Por esto no son eternas las cosas debajo de la luna; porque todo lo que hacen venciendo, pierden, y haciendo, padecen.

Dichosos se pueden llamar aquellos príncipes que heredan los Estados; sagaces aquellos que hallándolos llenos de malcontentos, dulcemente se introducen; felicisimos aquellos que sin derramar sangre, con sola la reputacion ó con semejante modo se hacen señores. Estos, á manera de rios, cuanto mas van mas crecen; donde aquellos que adquieren con la violencia, pierden con la fuerza la fuerza: á semejanza de las abejas, quedan sin armas en hiriendo á otro.

Acaban estos la guerra juntando tambien los ánimos con la ciudad; acuerdo mas útil á Roma, porque la aumenta, que no le hubiera sido la victoria que la habia de acabar. Quieren los sabinos librar su patria de una enfermedad, y sacándola la mejor sangre, la exponen por cualquier pequeño accidente á la muerte. Quieren acabar á Roma, y la crecen. Traen piedras para apedrearla, y con ellas la edifican. Los principales de los sabinos quedan senadores, y Tito Tacio compañero del rey.

Podia él claramente conocer, en el caso de Remo, por mas seguro partido el ser enemigo, que el ser compañero de Rómulo.

El ejemplo, si es de alguna accion que sucedió felizmente, nos atrae á seguirle; mas si sucede que sea de algun desdichado accidente, no por esto nos aparta del obrar, porque los hombres tienen mayor esperanza de la buena fortuna, que temor de la mala; se fingen la similitud donde no la hay; y donde se halla, hacen nacer la disparidad, ó por animarse ó por envilecerse.

Consiente Tito Tacio que le ciegue el verse compañero del rey. Deja el antiguo cetro en que mandaba, solo por tener parte en el de otro. Bebe el veneno, porque está dulce la orla del vaso; no ve que se engrandece Roma, porque él la engrandece.

No hay mayor gusto que este; no hay engaño que se le iguale: él es el precipicio de los mas sabios, él es la mina del mas poderoso. Las cosas que están en nosotros, en nosotros no las vemos derechamente, sino en otros con la reflexion.

La propia hermosura no se conoce sin espejo; y si es espejo de la propia grandeza aquel que habemos engrandecido, se mira grande con gusto, se querría ver mayor, no porque es él, mas porque pensamos serlo nosotros. No se sospecha de él, porque no se espera ingratitud de él. No se teme, porque no se estima. Parece que debia ser mas fácil el deshacer que el fabricar.

Es verdad que las torres que se han alzado se pueden fácilmente bajar, mas no los hombres. No es toda de aquel la grandeza, que fabrica grandeza, donde él no fué solo en fabricarla. Se llama dar ayuda, no engrandecer, cuando el sugeto concurre no solamente pasivamente recibiendo, mas tambien obrando activamente. De aquí es que donde pensamos haber fabricado una grandeza menor que la nuestra, hallamos que ellos mismos se han fabricado una mayor.

Reinaron juntos estos reyes largo tiempo con concord.

Espántome de Rómulo, que no habiendo podido sufrir pocos dias la compañía de un pariente y hermano que le habia dado la naturaleza, pudo acabar consigo el sufrir por muchos años la de un émulo que le dió la fortuna; mas él puede ser que desease del hado la muerte del compañero, ó esperaba la ocasion del tiempo, por no descubrir que el homicidio del hermano fué promovido de codicia de reinar, no de celo de justicia.

Debilitan las culpas presentes las excusas pasadas. Por una vez se puede ser malo y mantener la opinion de bueno. La repeticion de los actos viciosos hace creer que nacen de la mala naturaleza de los hombres, y no de la necesidad de las ocasiones.

Los sagaces se fingien siempre buenos por poder importantemente ser una vez malos; y es este mayor vicio que los otros, porque está mas que los otros en los confines de la virtud. ¿Qué se podia creer mejor de quien no tenia otra religion que el interes, otro deseo que de gloria, otro pensamiento que el de mandar solo?

De aquí no pudo sufrir la compañía de hermano, la ayuda del Senado. De aquí, por no tener que temer á Dios, queria le tuviesen por hijo de Dios.

El rey no quiere compañía, la toma por no tenerla. El reino sufriria dos señores, si el rey pudiese sufrir un compañero. El gobierno de dos no desagradó á los súbditos, porque el número de los ciudadanos, siendo compuesto mas de malos que de buenos, más desea el mal que el bien. No se puede errar sin que haya enmienda, ni ser ofendido sin que haya defensa.

La pérdida de la gracia de un señor es segura disposicion para adquirir la de otro. Todo es lícito, ménos lo que es ilícito; y si no fuese que la ciudad primero se divide y luego se deshace, semejante servidumbre sería mas favorable que la libertad, al ménos conforme al uso que llama vivir libre el vivir licencioso.

El reino es gobierno de uno, la república de muchos. Esta con el retirarse, aquel con extenderse; se corrompe.

Dos señores buenos muchas veces se vuelven malos; mas dos malos raras veces se vuelven buenos: es mejor que sean tres, porque se puedan reducir mas fácilmente.

Ya pasaba el quinto año de Tito Tacio, cuando sus allegados mataron unos embajadores de los laurentos. Rómulo, que hasta aquella hora habia tenido oculta la discordia con su compañero, lo dejó salir fuera vestido de religion; y por mostrarse pio y impio á su compañero, exclamó que se debian entregar á los laurentos los culpados en tan gran maldad; mas no pudo cumplirse su deseo, si su deseo era de cumplirlo.

No consiente Tito Tacio que sean castigados, no por su salud de ellos, mas por conservarse á sí mismo los confederados antiguos y adquirir otros de nuevo, mostrándose obsinado defensor de los suyos aun en las cosas injustas.

Los laurentos, ó tomasen ánimo de la disension ó se le diese Rómulo, mataron á Tito Tacio mientras atendia á algunas cosas sagradas.

Yerra el súbdito, y matan al señor. No habria malos si no hubiese protectores de malos. La permission es amparo. Las primeras culpas son de quien las hace, las segundas de quien las permite, y en todas tiene parte el príncipe, si todas no las castiga.

Sospechan los sabinos que Rómulo tuvo parte en la muerte de su rey; mas él, queriendo dar señal de reverenciar la justicia y de no temer la violencia, no se muestra del todo alegre, por no parecer impio, ni totalmente triste, por no parecer cobarde.

Una afectada disimulacion de dolor, donde el dolor puede mostrar á uno inocente, donde la culpa es de peligro, y el peligro de levantamiento, á mi parecer es mas dañoso que útil consejo. Ella es argumento de miedo; y este, de poder ser ofendido el poder: ó creído ó conocido, luego sucede la ejecucion. Quien no hace que el pueblo tema, se hace temer del pueblo. Son impedidos con mayor facilidad sus tumultos de los hombres intrépidos, que de los prudentes; porque él estima mas el pecho que el cerebro, y se deja mas fácilmente forzar que persuadir.

No hacen los príncipes mayor yerro que cuando muestran que pueden ser ofendidos. Solo el posible es objeto de la voluntad: ni nos movemos á desear aquello que es imposible de alcanzarse. Siempre se ha de conservar el temor, mas jamas se debe mostrar.

Renueva Rómulo la tregua con los lavinius, y en tanto que de estos se asegura, le entran los fidenates la guerra hasta los propios muros; mas él los vence luego con el favor de artificial maestría.

De verdad los romanos tuvieron favorable la fortuna: todas las cosas ocurrían á engrandecerlos; muchos de ellos podían arruinarlos, y ninguno sabia.

En el principio, cuando el oprimirlos era fácil, no hubo alguno que se moviese; cuando estaban crecidos, por el comun peligro cada particular quiso por sí emprender la guerra; y donde todos pudieron vencer, cada uno fué vencido.

Cuando no sujetan las armas á los enemigos, los persuadian con lágrimas las mujeres, última y fatal defensa de los muros de Roma.

Yo no soy del parecer de aquellos que se esfuerzan á probar que en las acciones de los romanos no ha tenido parte otra cosa que la virtud; y en esto se empeñan, como si el llamarlos dichosos fuese nota de afrenta.

¿Por qué ha de ser alabanza en el hombre el atrevimiento, y no la dicha? El no tiene mas parte en el ser atrevido, que en el ser fortunado. Puede ser que creamos que ella está fuera del hombre, porque no la vemos en el hombre; mas ella nace con nosotros, como las otras calidades; y si no es obra del entendimiento, á lo ménos es cosa que mueve el entendimiento á mandar que obre cuando es tiempo de obrar; y es una especie de entusiasmo. El hace hablar bien á quien no sabe, porque hable; ella hace obrar bien á quien no sabe, porque obre: fuerza y valor de la última individuacion de un temperamento, que no solo obra en el sugeto, mas fuera del sugeto introduce su calidad; de donde nacen dentro de nosotros operaciones inútiles á otros, motivadas de un no sé qué, que no sabemos qué cosa sea, y es la fortuna de aquel. Ella es un encanto del temperamento, como la retórica, de la lengua; y se hace servir de todas las otras partes del hombre. Ella es llamada instable, no porque cesa de ser buena, mas porque cede á otra mejor.

Los veintanos en los rumores de los vecinos dormian quietos, á manera de los que están adormecidos con letargo, los cuales tal vez despiertan cuando llegó la hora de morir.

El resplandor del fuego, que abrasa los que están cerca, engaña el ojo. Parece hermoso, porque reluce; parece bueno, porque alumbrá. No se siente el mal hasta que se toca el daño.

Entran á saquear el país: no esperan al enemigo, y vuelven á casa. Los romanos, ya que no los alcanzan en su campaña, van á la ciudad de Veyos: sale el enemigo á encontrarlos, y con su pérdida da la batalla.

Los romanos saquean el país; y finalmente, á los veintanos que pidieron paz, se la concedieron por cien años.

Rómulo en tanto, por hacer reseña de su ejército, oraba en el campo vecino á la laguna Caprea. Levantóse un gran temporal con tempestad y truenos: desaparecióse despues que cubierto de una densa tiniebla se ausentó de los ojos de los que le oian.

Sospechó el pueblo que los senadores, á quienes habia quitado la autoridad, le habian muerto.

Siempre es siniestra la fama en el fin de los poderosos, como que la muerte deba temer de embestir con ellos, si no es violentada.

O porque ellos han ofendido á muchos se tiene aquella por venganza de los hombres, siendo naturaleza de la cosa; ó acaso piensan que el arte es gran reparo de la muerte, y que los príncipes doctrinados de ella no pueden morir naturalmente, sino solo de vejez ultimada.

Alborótase el pueblo: hierve, mas no vierte fuera del vaso el hervor; muéstrase pronto á seguir al que quiere venganza.

Un senador que en aquella ocasion se hubiera hecho cabeza del pueblo, se hubiera hecho sin duda cabeza de la ciudad.

Julio Próculo los socorrió, afirmando que habia visto subir al cielo á Rómulo, y que mandaba que le llamasen dios Quirino. El pueblo lo cree, se quieta, y en lugar de vengarle le sacrifica.

Quita el mérito á las acciones de Rómulo mientras le aumenta: la naturaleza disminuye la maravilla y crece la reverencia. Abate la divinidad, si él la cree de tan poco; envilece la humanidad, si no la estima en tanto. Es fácil el vulgo en deificar los príncipes.

Aquel que ve mayor entre muchos hombres, cree ser mayor en la vanidad; toma el género sobre pocos individuos; donde él no llega con la vista, cree que es lo infinito, y argumento de la superioridad del poder, la superioridad de la naturaleza.

Estas fueron las acciones que en guerra y en paz hizo Rómulo, á quien no faltó el ánimo para no recobrar, ni la advertencia al reino, ni el consejo para hacerle suyo, ni la prudencia para fortalecerse la paz, que de tantas victorias suyas facilitada pudo tambien despues, por la virtud que le habia impreso, ser gozada de los venideros por largo tiempo.

Vivió Rómulo glorioso por sus grandes acciones; y falleciendo en medio de ellas ántes de probar fortuna adversa, murió glorioso.

No basta la fortuna para engrandecer á los hombres, si con ella no concurre la virtud; y es vana la virtud donde falta la fortuna. Son, á mi parecer, mas desdichados que otros que son mas dichosos, si pasan mas allá de los efectos felices, ántes de los consejos dichosos. Y porque no tienen razon que dar de sus buenos efectos, se enderezan á ellos sin razon, como que las pasadas dichas

sean claras demostraciones de las futuras glorias, y no ántes argumentos de vecinas miserias, en un mundo donde la estrella que á la mañana está alzada en el cenit de nuestra cabeza, á la tarde se halla en el nadir de nuestros piés.

La virtud, cuando está sola, no se conoce: los consejos no tienen para aprobacion otra cosa que el suceso; y si aquella se conoce, ó se desprecia como inútil ó se llora como infeliz. Si el Señor Dios permitiese que sucediesen todos los efectos á las cosas contra las razones de nuestra prudencia, sospecho que creerian los hombres que el acaso gobernaba el mundo; si todos sucediesen conformes á nuestra prudencia, estoy por decir que la flaqueza humana la deficara, donde ahora es forzada á creer, aun con sola la lumbré natural, que en ella hay una cosa fuera de nosotros, en la cual está todo.

Aquellos que tienen hermanada la virtud con la fortuna, atribuyen todos los sucesos á su misma prudencia, y no quieren reconocer la fortuna por nada; y por esto tendrían necesidad de saber que ella es gran parte en los negocios, para que así temiesen aquella inestabilidad que de otra parte no puede temerse.

Rómulo fué grande por la virtud; fué guardado por la fortuna hasta que perfeccionó su grandeza. Suele ser acusada la virtud como hermosa, mas no como inestable. Las fatigas suyas ordinariamente carecen de fruto: las dádivas de esotras, de fe. Puede llamarse dichoso Rómulo, pues tuvo fructuosa la virtud y la fortuna firme.

Y por compararle á algun antiguo, no es de olvidar la semejanza que tuvo con Moisen. El uno y el otro fuéron en su nacimiento arrojados en las aguas de un rio: Moisen por el medio de Faraon, Rómulo por el de Amulio. Entrambos dichosamente se libraron de la agua. Moisen pasó su niñez en hábito de pastor, Rómulo se crió entre pastores, Moisen ocasionó la muerte de Faraon; Rómulo mató á Amulio. Fué caudillo del pueblo el uno, y el otro introductor del senado y dador de leyes; y así como tuvieron tanta semejanza en el principio de la vida, así no les faltó en la muerte.

Arrebata el Señor á Moisen de los ojos de los israelitas, le encamina á un monte, muere, lo entierra sin que se penetre su muerte.

Rómulo fué arrebatado de los ojos del pueblo; fué llevado á algun lugar solitario; fué muerto por los senadores, y enterrado, sin poderse saber su muerte: semejante caso, de diferente ocasion y de diferente fin, porque fué producido de contrario agente.

El Señor Dios, porque veia los israelitas inclinados á la idolatría, para que no adorasen á Moisen como dios, no quiso que viesen sus huesos sepultados.

El enemigo del Señor, por mantener en idolatría los romanos y que Rómulo fuese adorado como dios, procura que no se sepa su muerte y que no se vean sus huesos. Uno, porque no se halla, no es adorado; el otro es adorado porque no se halla.

Los errores morales de Rómulo fuéron el robo de las sabinas, la muerte del hermano y la del compañero. Error político fué solo dar tanta autoridad al senado, y despues querérsela quitar.

Resbaladizo camino es el manejo del Estado! Basta una sola accion mala á hacer despeñar un príncipe que se haya ennoblecido con muchas buenas.

Yo no me acuerdo que haya dado al través algun se-

ñor por haber dado autoridad al senado, mas ántes me acuerdo que se hayan perdido por habérsela quitado. Si los hombres hacen yerros, se han de castigar los hombres, no las dignidades; y si estas se temen, ¿por qué se erigen? Mas de verdad no es miedo el que incita á semejante maldad; es fuerza del dominio. De otra suerte no dejarían el grado cuando quitasen la autoridad, quedando sujetos al peligro, no ménos del poderse juntar, que del poder mandar.

El instituir, el permitir en el principio de las señorías el senado, no se hace solo á fin de que los sujetos se contenten de su servidumbre, mas porque los príncipes verdaderamente se satisfacen tambien del gobierno de ellos. Es naturaleza del principio, no arte del mandar.

Quien se arroja á un gran salto, se contenta de llegar á la orilla del foso, mas despues no se detiene allí.

El entendimiento del hombre, porque no tiene fin adecuado en este mundo, todo lo que se le pone delante apetecible lo apetece como fin; y apenas lo ha conseguido, cuando lo hace servir de medio para alcanzar otro fin que aquel le tenia cubierto; y tanto dura el ser fin, cuanto tarda en ser conseguido.

Toda poca posesion parece mucha donde no se tiene nada; mas donde se tiene alguna, toda la que basta parece nada si no se tiene toda.

Fué al principio Rómulo seguido de los mas nobles, porque los acarició con darlos autoridad. En la fin fué aborrecido, porque los irritó quitándosela.

Aquel senado, que él habia instituido, no le pudo sufrir; y ellos, el que aceptaron por príncipe, le querian compañero. El, los que escogió por ministros, queria por esclavos. Pasa cada uno su límite: aquellos en el obedecer, estos en el mandar.

El senado, que fué instituido para ayudar á su príncipe, trata de abatirle. El príncipe, que debe regir el senado, le quiere aniquilar.

Aquel magistrado en los dominios es durable, que trata de obedecer, y pretende mandar como ministro y no como señor.

Yo no tengo otra desdicha que contar de Rómulo que esto de que procedió su muerte; y aquella aun fué dicha, porque fué ántes de la madura edad, porque fué súbita.

Si la muerte no tiene otra cosa mala que los ansiosos pensamientos del ánimo y los dolorosos tormentos del cuerpo que la preceden, la que viene antecediendo las ansias, aquella que arriba presto, previniendo los dolores, será buena.

No hay mejor cosa en el universo, que aquella que es la peor en el individuo: la basa, sobre la cual levantándose este coloso del mundo descubre sus hermosuras, es la muerte. Ella es la parte mas grave del concierto donde están apoyadas todas las consonancias de este mundo.

¿Qué cosa fuera si despues de la pérdida de la justicia original, no se muriera! Su temor enfrena los hombres dichosos: su esperanza entretiene los desdichados contra la maldad.

Quien quitase la muerte, quitaria de la fábrica del mundo la piedra angular; quitaria la armonía, el órden; ni dejaria otra cosa que disonancia y confusion.

El órden del universo es contrario al de los individuos. Los cielos, que se vuelven por singular naturaleza de

occidente á oriente, son de la naturaleza universal, cada dia traídos de oriente á occidente.

La muerte no puede ser mala ni con dolor, si es verdad que es natural el morir; porque las cosas naturales son buenas. Yo me aviso que el acabar la vida decrepito, es dormir, ó morir ménos. Y si acaso entre las peores cosas se cuenta el morir, es sin duda que es una de las mejores el ser muerto.

Conviene vivir considerando que se ha de morir. La muerte es siempre buena. Parece mala á veces, porque es malo á veces el que muere.

Viva el hombre inocente, que por él se dirán los recuerdos de la muerte á fin de alegrarlo; y si no fuese la fragilidad de la naturaleza mal firme, yo me doleria que ella viniese incitada al bien obrar con el temor de la muerte, ó halagada con el amor del premio.

Basta por temor la fealdad del mal obrar: basta por premio la hermosura del bien hacer; y si despues el hombre quisiere considerar que se reciben premios, po-

dria considerar los premios ya recibidos, cuando, sacado de la nada, fué criado á la inmortalidad.

Ni tampoco me satisface el obrar bien por agradecimiento; mas mucho más por aquel amor que se debe á la naturaleza infinitamente amable de Dios.

Digamos pues: No os amo, Señor, solo porque me habeis criado; ántes volveré á la nada por vos. Ni os amo porque me prometeis la vision bienaventurada de vuestra divina esencia; ántes iré de mi voluntad al infierno por vos.

No os amo, mi Dios, por temor de mal; que si es vuestra voluntad, yo le apeteceré como sumo bien. Os amo porque sois todo amable, porque sois el mismo amor.

Ea, Señor, si yo no os amo como enséño á otros que os amen, socorred á la flaqueza de mi miseria con la eficacia de vuestros socorros, moved mi entendimiento, enderezad mi voluntad; miétras yo á honra y gloria de vuestro gran nombre, en el cual deseo acabar la vida, acabo el libro.

FIN DEL ROMULO.